

CAPÍTULO XV

COSTUMBRES. — OPINIONES.

Faltaríamos á nuestro objeto si después de todo lo que hemos dicho sobre las letras y las artes, no presentáramos á nuestros lectores una idea de las costumbres del siglo que describimos. Todo el que conozca la diferencia (como deseamos) que hay entre la cultura intelectual y la civilización, comprende que ésta no puede aumentarse sino con un progreso simultáneo de las facultades humanas. En el momento en que la una se desarrolla con detrimento de la otra, se destruye la armonía, que es la única que puede prometer progresos útiles y durables. Ahora bien, ya se habrá conocido que la imaginación era muy superior entonces al raciocinio; y que los frutos de aquella semilla hermosaron y mataron á la Italia. Tanto en las artes como en las letras, en los gobiernos y en las costumbres, había vuelto á introducirse el paganismo con la frente levantada, con sus seducciones sensuales, colocando lo bello en el altar, lo bello con exclusión de todo, inmolándole la verdad, cuyo esplendor y manifestación debe ser. No conocieron, pues, las letras, la elevación ideal, y no se inquietaron para dar un noble objeto á los deseos y á la voluntad; fueron un juego, en lugar de ser un culto. Los pinceles y el cincel perfeccionaron las formas descuidando la idea; la ciencia se limitó á admirar á los grandes genios de la antigüedad, y á declarar bárbaros, por respeto á ellos, los tiempos sin civilizar, pero enérgicos, durante los cuales había madurado la nueva civilización. Entonces fué cuando Leon X dió una bula para proteger la edición del más inmoral poema; cuando Clemente VII concedió un privilegio á Antonio Baldo de Roma para la impresión de todas las obras de Maquiavelo, sin exceptuar el *Príncipe*. Abraza Julio III al Aretino, que dedica la más infame de sus tragedias al cardenal de Trento: otro cardenal aspirante á la tiara, escribe la *Calandra*... Composiciones todas inmorales, obscenas y homicidas; pero qué im-

portaba? Eran bellas y esto bastaba, pues la imaginación se recreaba y se ofuscaba la razón.

Como el vínculo entre el corazón y el talento es más fuerte de lo que algunos creen, el gran siglo de Leon X no produjo una obra original que marque un nuevo sendero en el campo de la inteligencia, una obra en que se pueda conocer un verdadero progreso, ya en las letras, en las ciencias ó en el conocimiento de la verdad.

Nunca abundan tanto las supersticiones como en el momento en que se desvanece el justo sentimiento de la religión. La fe no había dado aun acceso á la duda sistemática sobre los dogmas; pero se aislaba de las acciones, dando lugar á una relajación de costumbres enteramente pagana. No es decir esto que hablamos del pueblo, en el que la devoción parece más viva que nunca, como si hubiese conocido la necesidad de buscar en el cielo un consuelo á las miserias de la tierra. Esta es la razón por la que se habló entonces de multitud de milagros y frecuentes apariciones de la Virgen. No estaba tampoco estinguída la piedad en los mismos grandes á pesar de las iniquidades sin cesar renacientes. Cicco Simonetta escribía en su libro de memorias: «He estado hoy en Santa María de las Gracias, de Monza; he oído allí dos misas de los frailes, y he hecho voto de no comer de carne el viernes; también lo he hecho de no comerla el miércoles, y desde entonces no me atormenta tanto la gota.» Carlos VIII hacía ofrendas el día de la batalla de Fornovo; los florentinos, «cuando temían que los lansquenets fuesen á Toscana con el duque de Borbon, hacían cada viernes una procesion llevando el cuerpo de Cristo, y toda la ciudad seguía á la comitiva con gran devoción.» (1)

(1) Relacion del embajador veneciano, Marcos Foscarini, en 1527.

Hecho prisionero Vitellozzo por el duque de Valentinois, «le ruega interceda con el papa, á fin de que le conceda indulgencia plenaria de sus pecados (2);» y los que se disponían á cometer alguna iniquidad, llevaban sobre sí reliquias y absoluciones. No hablamos de las gentes honradas que se imponían las más rigurosas penitencias, peregrinaciones y maceraciones, que se azotaban hasta saltar la sangre, se hacían voluntariamente pobres, y se anticipaban su sepulcro, permaneciendo encerrados por espacio de años enteros entre cuatro estrechas paredes (3). En los primeros días del pontificado de Leon X, «habiéndose reunido doce frailes para observar la vida más pobre, caminaban por Italia cada uno por la provincia que le había sido designada, predicando y anunciando las cosas futuras. Uno de ellos, fray Francisco de Montepulciano, aun muy joven, se presentó en la iglesia de Santa Cruz, donde reprendió con severidad los vicios, asegurando que Dios quería castigar á la Italia y con particularidad á Florencia y á Roma, y tal fué el espanto que causaron sus predicaciones, que los oyentes clamaban: ¡Misericordia! entre lágrimas y sollozos. La desolación era general, y los que no podían oírle por la gran muchedumbre, oían á otros, con no menos espanto, repetir lo que había dicho. No sólo hicieron surgir estas predicaciones frailes que predicasen y predijesen las renovaciones y aflicciones de la Iglesia, sino también religiosos, mendigos, doncellas y aldeanos se dedicaron á hacer otro tanto... Estas cosas confundieron de tal manera los ánimos y sembraron tal temor en el público, que en parte, con objeto de distraerle, ordenaron Julian y Lorenzo de Médicis grandes fiestas, cacerías, triunfos y justas en presencia de seis cardenales, que llegaron disfrazados de Roma.» (4) También se recuerdan los efectos admirables producidos por Gerónimo Savonarola, que precisamente había empleado todos sus esfuerzos en oponerse á aquella recrudescencia del paganismo.

Había llegado hasta tal punto, que se veían en los altares los retratos de las más célebres transteverinas, y se reconocía en la Virgen de los castos amores las queridas de los pintores. Entonces fué cuando se colocaron en Siena, en la sacristía de la catedral, las tres Gracias desnudas, que aun se admiran allí. Las desnudeces abundaron en medio de la austera majestad de los sepulcros construidos para los duques de Florencia, y hasta en las

(2) MAQUIAVELO.

(3) En Venecia se hace mención de muchas *reclusas* ó mujeres que se hacían encerrar y aun emparedar en celditas sobre los tejados ó debajo de los pórticos de las iglesias, viviendo en abstinencias y oraciones y asistiendo á los Oficios divinos por un ventanillo que daba á la iglesia, por donde recibían también los Sacramentos y las limosnas. MUTINELLI, *Del costume veneciano*, pág. 38.

(4) J. PITTI, *Storie fiorentine*, 112.

capillas del pontífice. El papa Alejandro VI se hizo pintar en el Vaticano por el Pinturicchio, bajo la figura de un rey mago, prosternado ante una Virgen que no era otra que Julia Farnesio. El cardenal Bembo escribía á Sadoletto: «No leais las epístolas de san Pablo, por temor de que este bárbaro estilo no os corrompa el gusto; abandonad estas tonterías indignas de un hombre grave.» (5)

No sólo todas las ideas de pudor, sino también las de la justicia, debían ser trastornadas cuando la inmoralidad en las costumbres, en las acciones y en los libros se manifestaba abiertamente. Los prelados no tenían inconveniente en tener á su lado á sus hijos, y como á tales concederles los honores. Las cortes de los príncipes estaban pobladas de cortesanos, de los que se decía que servían de bufones cuando tenían corta edad, de mujeres en su infancia, de maridos en su adolescencia, de compañeros en su juventud, de terceros en su ancianidad, y de diablos en su decrepitud (6). La cortesana Imperia, que era, no diremos aplaudida, pero honrada en Roma por reminiscencia de la antigua Aspacia, «fué muy amada de muy grandes y ricos personajes,» de Sadoletto, de Campari, de Colocci, y su casa era á la vez la reunión de los amores, de las buenas maneras y de las letras (7). Cuando murió, en la flor de su edad, fué enterrada en la iglesia de San Gregorio, con este epitafio: *Imperia, cortisana romana, que*

(5) *Omitte has nugae; non enim decent gravem virum tales ineptiae.*

(6) Véase el retrato que hace Anibal de Ortigues, poeta contemporáneo, de los cortesanos franceses de aquella época:

«Adular todo el día por temor ó esperanza; acariciar sin cesar á quien se quisiera ver muerto; mofarse después de ellos, y con risa burlesca, medio cerrados los ojos verse precisado á hacer la reverencia; besarse en la mejilla con tierno ademán, prodigar siempre tesoros de promesas, disimular, adular, incensar á los grandes á quienes se ve que en la apariencia gobiernan el Estado; ocultar sus cabellos blancos para engañar á Cupido, sahumarse, componerse como un brillante Adonis, llevar en la mano un junco para golpearse con suavidad en la pierna, imitar á los grandes, bostezar alguna vez, desdeñar la decencia, y tratarla de necia, son los rasgos característicos de las cortes de nuestros reyes.»

(7) En la casa que le había amueblado Bufalo, «había entre otras cosas una sala, una alcoba y un gabinete, adornado con tanto lujo, que todo era terciopelo y brocado, con alfombras muy finas. En el gabinete, á donde se retiraba, cuando era visitada por algún gran personaje, los tapices que cubrían las paredes eran de brocado de oro, bordados exquisitamente. Había una cornisa revestida de oro y de azul de ultramar, hecha admirablemente, y en la cual había soberbios vasos de materias preciosas, alabastro, pórfido, serpentino y otras clases. En su derredor se veían varios cofres y arcas ricamente esculpidas, que todas eran de gran precio. Además un velador de lo mejor, cubierto de terciopelo verde. Sobre este velador había siempre un laúd ó una cítara, con libros italianos y latinos ricamente encuadernados,» etc. BANDELLO, P. III, Nov. 42.

digna tanto nomine raræ inter homines formæ specimen dedit, vixit annos XXVI, diés XII, obiit MDXI, die XV Augusti. La Tulia no tuvo menos reputacion en Venecia, donde fué cortejada por Bernardo Tasso, y por otros hombres distinguidos, á quienes Speron Speroni hace entretenerse con ella en su *Diálogo de amor*. Es inútil recordar las infames celebridades de la Vanozza y de Lucrecia Borgia, que siguieron de cerca los faustos de Blanca Capello. Solo hay que admirarse de que mujeres afamadas por su libertinaje se casasen con príncipes. Pero estos príncipes, á quienes no contenian ni la autoridad de un poder superior, ni la más temible aun de la opinion, se lo creian todo permitido. En 1534 el concejo de Luca se tomaba gran cuidado por las meretrices, lamentándose de que por los desprecios que se les hacian no estuviese la ciudad bastante provista de ellas, como conviene, y se originasen peores desórdenes (8); por tanto no sólo las protegió, sino que les concedió no pocos privilegios, y hasta las de ciudadanas originarias, que eran tan apreciados (9). En Venecia se contaban once mil seiscientos cincuenta (10); y sin embargo el lenocinio de los esclavos y el recurso de las góndolas se prestaban á las intrigas; además se cometian raptos y escesos contra la naturaleza; los claustros tenian muy mala fama, y el panegirista del dux Andrés Contarini, le elogiaba públicamente por haberse resistido á las tentaciones de las monjas (11).

No sólo César Borgia y su padre empleaban el veneno y el puñal, sino tambien personajes que pasaban por personas honradas no temian hacer otro tanto. Alejandro Farnesio, que tenia reputacion de ser amable y humano, recurria tambien á estos medios, y cuando sabia un atentado contra la vida del príncipe de Orange, enviaba circulares que manifestaban su regocijo. Los asesinatos eran una parte de la táctica de entonces, así como los envenenamientos eran muy comunes entre gentes de toda clase, como lo atestiguan las biografias y las novelas. Fr. Pablo Sarpi aconsejaba á la señoría de Venecia recurrir á él para desembarazarse de los hombres peligrosos, siendo el veneno menos odioso y más útil que el verdugo.

En Florencia, Baglioni vivia públicamente en relaciones incestuosas con su hermana. Una dama de Ferrara, querida del cardenal Hipólito, Mece-

(8) *Quod causatur quod in ipsa nostra civitate ipsæ mulieres in ea stare non possunt libere, prout decens et conveniens est in civitate libera prout est nostra; ex quod procedit quod vitium sodomiticum in ea radicatur, et nimis incrementi suscipit, ac etiam ex defectu ipsarum mulierum nulla sive fiunt et scandala committuntur.*

(9) «Que las mujeres públicas que habitan ó estén en Luca de cualquier manera, sean ó no extranjeras, se consideren como ciudadanas originarias de Luca.»

(10) FILIUSI, *Mem. stor.*, t. III, 263.

(11) GALLICIONI, *Delle Mem. venete*, t. I, pág. 254, 262, 336; t. III, 269, 272, etc.

nas de Ariosto habiéndose enamorado de Julio de Este, hermano del prelado, echa la culpa á los hermosos ojos del mancebo: y el cardenal no encuentra otro espediente que hacer arrancar á su rival sus medios de seducción. Conspira Julio entonces con su hermano Fernando para derribar á Alfonso; pero son descubiertos, presos y conducidos al suplicio; cuando llegaron al cadalso recibieron su perdon, mas fueron encerrados en una prision perpétua. Leemos en los diarios manuscritos de Sanuto, con fecha de 1497: *Hace pocos dias que don Alfonso (que después se casó con Lucrecia Borgia) hizo en Ferrara una cosa muy indecente, pues anduvo enteramente desnudo por las calles en compañía de otros jóvenes y en mitad del día* (12). La pluma se niega á recordar el ultraje que Pedro Luis Farnesio hizo sufrir al obispo de Fano.

Las escenas trágicas con que la corte de Cosme espantó á la Toscana, fueron tal vez exageradas por el odio de los desterrados. Pero el diario en que Burcardo nota día por día enormes desafueros, con una frialdad que indica cuán comunes eran, no asusta menos que la lectura de Maquiavelo. «En Roma, dice (hacia el año 1489) no se hacia nada bueno, se cometian en la ciudad infinidad de robos y sacrilegios. Robaron de la sacristia de Santa Maria en Transtevere cálices, patenas, incensarios, una cruz de plata, en la cual habia un pedazo de la verdadera, que después se encontró en una viña. Lo mismo sucedió en otras iglesias. Añádase á esto numerosos asesinatos. Ludovico Mattei y sus hijos dieron muerte, contra su palabra y la seguridad que habian prometido, á Andrés Mattucci, cuando le estaban afeitando en una barberia; no tuvieron siquiera necesidad de abandonar la ciudad, y se dice que el papa los dejó libres por dinero. Se da tambien por cierto, aunque no he visto la bula, que el Santo Padre concedió remision á Esteban y á Pablo Margano de crímenes y homicidios cometidos por ellos y por diez de sus sicarios, aunque no los perdonaron los herederos de las personas muertas, trasformando su casa en asilo. Lo mismo sucedió con respecto á Marin de Stefano por los asesinatos cometidos por él y sus secuaces. Igual con los hijos de Francisco Bufalo, que dieron muerte á su madrastra en cinta, y se les dieron ocho condenados á muerte para que pudiesen ir con seguridad. Lo mismo se cuenta respecto de otros; por esto es porque la ciudad está llena de pícaros, que tan pronto como han asesinado á alguno, se refugian en las casas de los cardenales. No se ejecuta á casi nadie en el Capitolio; y sólo algunos por orden del tribunal del vice-canciller, son ahorcados cerca de la Tor de Nona, donde se encuentran por la mañana sin indicacion de nombre ni motivo. Dícese tambien

(12) *Pochi zorni fur, don Alfonso fece in Ferrara cosa assai liviera, che andoe nudo per Ferrara con alcuni zovani in compagnia, di mezo zorno.*

que un tal Lorenzo Stali, posadero de la Rotonda, dió muerte en diversas épocas á dos de sus hijas y á un criado que se pretendia haber tenido algo con ellas. Habiendo sido preso por esto en el castillo de San Angelo, con uno de sus hermanos, el verdugo fué con sus utensilios para decapitarlos; pero poco después quedaron en libertad sanos y salvos. Yo mismo los he visto y he oido decir que se han libertado por 800 ducados. Como se preguntase una vez al *procamerario*, porqué en lugar de hacer justicia de los delincuentes, se recibia dinero, contestó estando yo presente: *Dios no quiere la muerte del pecador, sino que pague y viva*. Añadió que lo mismo se hacia en Bolonia. En 1514 la ciudad de Placencia hizo al papa una esposicion contra el gobernador Campeggi, que permitia todos los crímenes, de tal modo, que á su vista eran heridos impunemente muchos de los principales ciudadanos, degolladas las matronas en sus propias casas, arrebatadas las mujeres, robadas las tiendas y talleres en medio del día, saqueadas las ciudades, engreidas las facciones; así es que todo está lleno de armas y soldados.» (13)

Algunos recuerdos de las antiguas ideas caballerescas sobrevivian, sin embargo, en medio de tanta corrupcion y atrocidades. Francisco I peleaba como un antiguo paladin, Bayardo y Gaston de Foix murieron como héroes al otro lado de los Alpes. Sabiendo este último que Marco Antonio Colonna á quien sitiaba en Verona, estaba enfermo en cama, le envió su médico; y cuando se curó, le rogó saliese un momento con objeto de procurarse el placer de verle. Se creia que algo de la cortesania europea habia pasado á los turcos al ver los actos de Soliman.

Pero la Italia, en sus bellos dias, habia empleado sus tesoros en erigir las catedrales que se admiran en cada una de sus ciudades, cuando en otras partes se cuentan por reinos, y en construir canales que fertilizaban las campiñas y daban impulso al comercio en las ciudades. Ahora bien, el pueblo ya no tenia cuidado de preocuparse de sus intereses y de la gloria del país; tenian en cambio ese cuidado los duques y señores, deseosos de ostentar magnificencia para deslumbrar é imponer, para hacer creer á los Estados vecinos, que sus súbditos eran felices, en atencion á que tenian fiestas y regocijos de corte.

Cuando se recorren las historias de aquella época con otro sentimiento que el de la curiosidad, sorprende el ver tanto lujo al lado de tanta miseria, y tanta alegría entre tan crueles desdichas. El gusto á los regocijos materiales, tan perjudicial á la libertad, tan favorable á los que quieren destruirla, habia adquirido un acrecentamiento más rápido que nunca; al esplendor de las artes y las repentinas riquezas de América parecieron reunirse para escitar la imaginacion, y dar á aquella época un

aspecto de brillantez que hace se la distinga entre todas.

Los países nuevamente descubiertos enviaban á la Europa el tributo de sus productos, que eran acogidos con la avidez que engendra una posesion reciente; la erudicion empleaba sus esfuerzos en asuntos para mascaradas y composiciones teatrales; la Edad Media proporcionaba sus torneos; presentábanse mezclados en la escena los santos misterios, las divinidades del Olimpo y las inocencias pastoriles. El príncipe de Condé se vestia de Orfeo, llevando en su comitiva á los huéspedes amansados de los bosques; graves personajes se disfrazaban de driadas; el cruel Enrique VIII y la astuta Isabel se presentaban el día 1.º de mayo, vestidos de pastores; y los almirantes, los caballeros de la más elevada categoria, en un traje campestre se dirigian cumplimientos en el estilo de Mirtilo y Licoris. En Roma el jueves lardero, cada cardenal enviaba por la calle máscaras en carros triunfales y á caballo escoltados de músicos, mancebos que cantaban y decian palabras lascivas, bufones, cómicos y otras personas de la misma clase, vestidos todos, no con telas de hilo ó de lana, sino de seda, de brocados de oro y plata, lo que producía gran gasto (14). Los matrimonios, los bautizos, las entradas de los príncipes ó de los papas, ofrecian continuas ocasiones de regocijos, en los que se desplegaba á la vez la opulencia y el buen gusto. Los más magníficos eran los de Roma y Florencia, aunque Ferrara y Nápoles no querian ceder en nada. En Venecia, las fiestas del carnaval, así como el matrimonio del dux con el mar, continuaban teniendo fama lo mismo que las demás solemnidades nacionales en que el pueblo, haciéndose ilusiones, aun creia participar á un gobierno que le convidaba á fiestas y banquetes. Puede verse en Sansovino las fiestas que se dieron en honor de Zilia Dandolo, mujer del dux Lorenzo Priuli en 1557, y las que se celebraron cuarenta años después, con motivo del matrimonio de la joven Morosini con el dux Grimani.

Así como en otro tiempo Atenas, Florencia asociaba á sus diversiones la delicadeza y perfeccion de las artes. Veíanse salir en el carnaval veinte y cuatro ó treinta pares de caballos ricamente enjaezados, con sus dueños disfrazados segun el asunto inventado, cada uno escoltado por seis ú ocho criados á pié, vestidos con una misma librea y con antorchas en la mano, escediendo á veces su número de cuatrocientos. Después el carro triunfal (como se llamaba) estaba sobrecargado de adornos, ó lleno de despojos y trofeos estravagantes (15). Tenian tambien la costumbre las diferentes escuelas de artistas de dar espectáculos públicos; y por esto paseaban tambien carros triunfales con numerosas compañías, rivalizando en la inven-

(14) INFESSURA, año 1490.

(15) VASARI, en *Piero di Cosimo*.

(13) *Arch. stor.*, app. VI, 18.

tiva, en los asuntos, tomados unas veces de la historia y otras de la alegoría, siendo esplendidos los adornos y las decoraciones. Una vez era el triunfo de Pablo Emilio; otra el de Camilo, bajo la dirección de Francisco Granacci. Baccio Baldini nos ha dejado la descripción de la genealogía de los dioses, cuyos personajes figuraron en veinte y un carros. Vasari nos presenta á los pintores ocupados en estas invenciones. En una de ellas, obra de Cosme Ridolfi, se figuró el carro de la muerte tirado por bueyes negros, pintado con calaveras, huesos y cruces blancas y sobre el esqueleto con la guadaña y la urna cineraria, y alrededor sepulcros abiertos, de donde, cuando se paraba la procesion, salian descarnados esqueletos cantando

«Hemos sido lo que sois,
Vosotros sereis cual somos;
Hemos muerto como veis;
Tambien morireis vosotros.»

Esta moralidad convertida en burla y elegida para una diversion, nada tenia más admirable que las obscenidades que se veian en las acciones y siempre en las canciones que acompañaban á aquellos simulacros de las antiguas bacanales.

Ya hemos mencionado las dos compañías florentinas del Diamante y de la Rama (*Broncone*), como tambien la solemne entrada de Leon X en aquella ciudad (16). No se desplegó menos magnificencia en el matrimonio de Francisco de Médicis con la reina Juana de Austria, y Vasari ha dejado una minuciosa descripción de aquellas fiestas (17).

Aun no se habían olvidado los misterios de la Edad Media, y la hermandad de la Pasión representaba en Lion en 1499, en presencia de Luis XII, la vida de la Magdalena; y los frailes agustinos, la de San Nicolás de Tolentino. En 1571, el drama de Saul, en el cual figuraban seiscientas personas, de las que ciento una hablaban, duró cuatro días.

Roma dió tambien espectáculos escénicos, que se asemejaban más á las representaciones de la Edad Media, que á las composiciones modernas. En el palacio pontificio se representó una historia de Constantino en el carnaval de 1484. Tambien se representaron dramas antiguos en ciertas cortes, y principalmente en Ferrara. Pomponio Leto hizo se verificase delante de Sixto IV la representación de las comedias de Plauto y Terencio, y en Ferrara, en 1486, los *Menecmos* traducidas al italiano. Hacia la misma época ponía en escena Reuclin en Alemania, piezas latinas, compuestas por él, y

(16) VASARI, *Vida de Andrés del Sarto*.

(17) Véase DOMINGO MELINI, *Descrizione dell'entrata della S. reina Giovanna d'Austria in Firenze*. Florencia, 1566. Se encuentra en CICOGNARA, *Storia della escultura*, II, 249, una larga nota de los artistas que trabajaron allí.

Conrado Celte caminaba por sus huellas. El 11 de febrero de 1514 se representó en Venecia la *Asinaria* de Plauto en tercetos (18) posteriormente apareció un tal Anton de Molino llamado Burchiello que hablaba á lo bufon el griego y el eslavo corrompido (19).

A principios del siglo xv se formaron en aquella ciudad muchas compañías llamadas de representaciones, es decir, farsas, y llevaban el nombre de *Compañías de la calza*, porque su divisa consistía en el color de una pierna de los calzones. Cada uno se distinguía por su nombre particular; habia la de los Bermejos, de los Pavones, de los Sempiternos, de los Corteses, de los Floridos, de los Etereos, etc., con presidente, síndico, secretario, escribano, capellan y mensajero. Sus estatutos eran aprobados por los Diez, y jurados solemnemente; lejos de tomar parte en las contiendas ni en los pleitos, existía entre ellos la amistad más fraternal, festejaban á sus compañeros cuando se casaban, haciéndoles regalos, acompañándoles á la tumba cuando morian y llevaban luto. Tomaban á sueldo á los buenos artistas para que dirigiesen sus fiestas, entre ellos al Ticiano que fué empleado por los Sempiternos. Una de estas compañías mandó á Palladio hiciese un teatro en el gran atrio de Corintio del monasterio de la Caridad; y á Federico Zucaro doce decoraciones, y en él se representó la *Antigone*, tragedia del conde Dalmonte de Vicenza (1565); pero como era de madera se quemó al poco tiempo. El mismo Palladio fué invitado por la academia Olimpica para construir en Vicenza un teatro con una sola decoración, y él le edificó conforme á los antiguos en forma de semielipse, que no era á propósito ni para la acústica ni para la visualidad. El escenario formaba siete calles con palacios, templos y arcos de relieve; pero como todo era pequeño por necesidad, presentaba muy mal aspecto, y en breve se conoció que no eran oportunas las decoraciones permanentes que sólo servian para una sola composición. Vicente Scamozzi construyó el teatro de Sabionetta con arreglo á los antiguos con más exactitud que Palladio, sin duda con objeto de hacer ver las faltas que éste habia cometido, por lo cual le hizo semicircular con un escenario que podia verse desde todas partes. Ranuccio I Farnesio fundó un extenso teatro en la Pilotta de Parma, bajo la dirección de Juan Bautista Aleotti, el cual pudo contener después catorce mil espectadores; pudiéndose conducir á él agua por medio de cañerías. Posteriormente se multiplicaron mucho, alejándose de la forma antigua con la sustitución de los palcos á las escaleras, y en tiempo del cardenal Bibiena tenian ya la forma actual.

En una representación que se dió en la corte de Urbino, de la que nos ha dejado Baltazar Cas-

(18) MISSAGLIA, *Biografía univers.*, art. Plauto.

(19) SANSOVINO, lib. X, pág. 450.

tigliani una descripción, la escena figuraba una calle lejana que la componian las últimas casas de la ciudad y las murallas: éstas estaban pintadas en la parte delantera de la rampa, y el llano era considerado como foso. Encima de las gradas donde se sentaban los espectadores habia una cornisa de relieve, en la que se leia en letras blancas sobre un fondo azul un distico de Castiglioni alusivo al duque de Guidobaldo:

*Bella foris ludosque domi exercebat et ipse
Cesar: magni etenim utraque cura animi.*

Ramilletes, guirnardas, flores y follaje estaban colgados del techo de la sala, en cuyo derredor habia dos filas de candelabros que figuraban las letras de *Deliciae populi*, tan grandes, que cada una la formaban cien antorchas. En la escena se veía una hermosa ciudad, de la cual una parte era de relieve con un templo octógono de estuco, historiado con mucha delicadeza, las ventanas de alabastro, los arquivados y las cornisas de oro y de ultramar, adornado con pedrería falsa, estatuas, columnas y bajo-relieves; de tal manera, que todos los artistas de Urbino no hubieran podido ejecutar otro tanto en cuatro meses. La música salía de sitios ocultos para amenizar dos comedias, la una representada por niños, la otra la *Calandra* de Bibiena. Los intermedios eran aun más estrafallosos. En el primero, Jason, armado á la antigua, se adelantaba bailando; después, habiendo cogido dos toros que vomitaban fuego, los sometía al yugo: veíanse después surgir de los surcos en que habia sembrado los dientes del dragon, hombres armados que comenzaban á bailar una zambra terrible, hasta que unos á otros se esterminaban. En el segundo aparecía Venus en un carro tirado por dos palomas, en el que iban unos amores; otros amores, caracterizados por símbolos, formaban variadas danzas, hasta el momento en que prendian fuego con sus antorchas á una puerta, de la que salian nueve parejas de amantes que se mezclaban á sus danzas. En el tercero figuraron á Neptuno y á ocho monstruos marinos; en el cuarto, Juno, con sus pavones y los Vientos. Salía un Amor á la escena á explicar el asunto de cada intermedio recitando versos compuestos por Castiglioni, con objeto de hacer resaltar la unidad y la moralidad de acción (20).

El gusto hacia aquellas magnificencias se introjo entre los franceses, que lo adoptaron, tanto del país como de los diferentes enlaces contraídos por sus príncipes con italianas, y sobre todo cuando Catalina de Médicis llegó á ser reina de Francia. Diéronse espléndidas fiestas en tiempo de Enrique II, y hubo, cuando su entrada en Lion, combates de gladiadores, á la usanza antigua; después el duelo de los Horacios y Curiacios, y luego una

batalla con armas verdaderas, que agradó tanto al rey, que pidió se diese otra representación de ella. Las principales damas, que representaban á Diana y á su comitiva en un bosque lleno de ciervos y liebres domesticadas, presentaron al rey un leon manso y dócil, como símbolo de la ciudad cuyo nombre llevaba. Hubo en el Ródano una nauquia terminada con fuegos artificiales; después hizo representar el cardenal de Ferrara la *Sofonisba*, en una sala adornada espresamente para ello, lo que le costó más de diez mil escudos romanos. Cuando pasó el rey por San Juan de Mauriana, las gentes del país quisieron darle un espectáculo de otra clase. Arreglaron una mascarada de cien osos imitados, que con el baston al hombro, le escoltaron hasta el palacio; allí comenzaron á ejecutar danzas y posturas grotescas, á subirse por todas partes y á aullar, con lo que se divirtió mucho el rey, mientras que asustados los caballos, se encabritaban y rompian las bridas y correas (21).

Las riquezas y comodidades de la vida eran en los demás países de Europa mucho menores de seguro que en Italia, como tambien la civilización y la amabilidad de su carácter distintivo. Hasta los más pequeños detalles se extendía la rigurosa disciplina; y sin embargo, los ladrones andaban por todas partes, organizados hasta por compañías, además de los espadachines que iban á ofrecer sus servicios á todo el que tenia que vengarse ó liberarse de un rival. La horca era permanente y los suplicios frecuentes, á pesar de su poca eficacia; consistian aquéllos en ahogar, en hacer cocer, en quemar, en enrodrar, en emparedar y en marcar á los culpables, sin contar la infamia que recaía en toda su parentela. Ana de Montmorency escuchaba, mientras rezaba el rosario, los desafueros de que acusaban á sus soldados, y se interrumpía entre dos *Aves* para decir: *Que se le ahorque, que se le degüelle*. El coronel Strozzi hizo arrojar al río á ochocientas prostitutas que habian permanecido en el ejército. Los medios de evitar estos rigores estaban en relacion con ellos mismos. Se recurría á la fuerza, ó se refugiaban en lugares de asilo, que eran muchos entonces, y estaban bajo la protección de los grandes y de los prelados.

En estos países, los nobles y aun la clase media, con apariencia de lujo, tenian poco dinero. En Inglaterra los cultivadores y los mercaderes se cuidaban más de tener buena mesa que de vestirse y alojarse con elegancia. Sebastian Giustiniani (22), dice Enrique VIII que «tiene muchas habilidades, que es buen músico, que es caballero de los más hábiles y buen justador... Le agrada mucho la caza, y nunca se entrega á estas diversiones sin cansar ocho ó diez caballos, que es necesario enviar de antemano á donde propone ir. Cuando deja uno, monta en otro, de manera que antes de llegar al

(21) BRANTOME y *Memorias de VIELLEVILLE*.

(22) Mss. del archivo Sagrado, en Venecia.

(20) Carta de B. Castiglioni.

alojamiento los ha cansado todos. Se divierte mucho en el juego de pelota; y es hermoso verle con su cutis tan blanco, vestido con una camisa muy fina, tener tal placer, que no se puede uno formar idea de cosa más digna de verse. Juega con los rehenes franceses, y se cuenta que á veces ha jugado 6 ú 8,000 ducados en un día.»

Había generalmente bienestar en las ciudades de Alemania, pero la clase de vida era allí tosca. En 1524 varios príncipes que se encontraban reunidos en Heidelberg para el tiro de arcabuz, disgustados con los excesos que se cometían allí, se comprometieron entre ellos á abstenerse de blasfemar y de beber demasiado, prohibírsele á sus oficiales, servidores, parientes y súbditos, y castigar á los contraventores. Se convino no obstante que se dispensaba de este compromiso cuando se viajase por los Países Bajos, la Sajonia, el Brandeburgo, el Mecklemburgo, la Pomerania, «países donde la embriaguez es de costumbre» (23). Cuando fué Carlos Quinto, después de su vuelta de Argel, á alojarse en Augsburgo en casa de los Fugger, encendieron un fuego de canela (aroma entonces muy raro), quemando para mantener viva la llama las obligaciones de crédito que el emperador tenía con aquella casa.

En Italia había por lo comun buena mesa, y las habitaciones eran cómodas; el traje, que variaba según las clases, que inviolablemente diferenciaba, no estaba destrozado entre los pobres, y los ricos los sobrecargaban de pieles, bordados y adornos de oro y perlas; el uso de los perfumes se prodigaba bastante (24). Si los nobles en sus casas carecían de los muebles cuya comodidad elegante preferimos en el día á todo, en cambio eran magníficos, estaban tallados por manos maestras, y pintados por los más hábiles artistas. Gerónimo Negro (25) escribe que el cardenal su protector se encuentra muy pobre para su clase. «Sostiene, dice, veinte caballos, porque sus medios no le permiten tener más, y cuarenta personas á su servicio. En su casa se vive medianamente, como los

(23) LUNIG, R. A. tomo VII, pág. 193, núm. 50.

(24) Bandello *Nov.* 47, pág. II, habla de un milanés que «se vestía con mucha riqueza y cambiaba con frecuencia de traje, inventando todos los días algunos cortes y bordados nuevos y otras galanuras; sus gorros de terciopelo estaban adornados, tan pronto con una medalla como con otra, sin hablar de las cadenas, anillos y brazaletes; las monturas en que cabalgaba por la ciudad, ya fuese mula, jaca, caballo turco ó hacanea, estaban más relucientes que las moscas. El animal que debía montar en el día, además de los ricos arneses guarnecidos de oro batido, era perfumado de los pies á la cabeza, de modo que el olor de las composiciones de almizcle, algalia, ámbar y otros preciosos olores se dejase sentir por todo el barrio... Tenía algo de portugués, porque cada diez pasos, ya fuese á pie ó á caballo, se hacía limpiar su calzado por uno de sus servidores, y no podía sufrir tener la más ligera mancha.»

(25) *Cartas de Pr. á Pr.*, III, 149.

religiosos, sin lujo. El papa le ha asignado 200 escudos romanos mensuales para su sostenimiento; esta posesion unida á los emolumentos del capelo, bastan para el gasto comun; y pasaremos de este modo hasta que Dios nos envíe otra cosa.» No hay tal vez en el día ningun cardenal por opulento que sea cuya magnificencia pueda igualar á semejante pobreza.

Introducíanse en aquella época nuevos usos delicados, como el café y el chocolate, importados del Nuevo Mundo con otras sustancias aromáticas. El uso del azúcar se extendió; y los relojes portátiles eran ya comunes; tambien lo era el uso del tabaco, á pesar de las prohibiciones de que era objeto; el diamante, que Luis de Berghem había hallado medio de pulimentar, brillaba en la frente de los reyes.

Carrozas.—Las calles se habían mejorado tambien, y ya se había comenzado á ponerlas letreros que indicaban su nombre; pero los viajes y los paseos se hacían á caballo ó en litera, siendo aun muy raras las carrozas, y además incómodas. La primera con caja colgada de que se hace mención sirvió á la reina Isabel cuando su entrada en París en 1405. La reina de Francia se sorprendió en 1457 al recibir de Ladislao, rey de Hungría, una «carreta colgada y muy rica;» pero este vehiculo, de que se mofaron los señores feudales, no fué imitado. En 1588 Julio de Brunswick prohibía á sus vasallos servirse de carrozas, como de uso menos varonil que el caballo. En tiempo de Francisco I solo había dos en París, una para la mujer del rey y otra para su querida. Renato de Laval obtuvo después el poder tener unas por su estremada obesidad, y algunas damas de la corte participaron del mismo favor. Cuando Carlos IX dió cartas patentes para la represion del lujo, prohibió, á petición del parlamento, con penas muy severas, las carrozas por el interior de la ciudad. En tiempo de Enrique III las mismas damas no iban á la corte sino á caballo. Enrique IV no tenía más que una carroza para él y la reina: esta era la razon por lo que escribía á Sully que no podía ir á verle aquel día, porque su mujer se servía del coche. Aquel en que fué asesinado consistía en una caja fijada sobre un eje con cuatro columnas de madera que sostenían un techo, de donde colgaban cortinas de cuero. Aumentóse su número, cuando en tiempo de la regencia de María de Médicis, los duques y grandes oficiales tuvieron derecho á entrar en carroza en el patio de Louvre; y en 1653 se contaban unas trescientas en París. En Londres las primeras carrozas se introdujeron en 1564 por el holandés Guillermo Boonen, cochero de la reina. Algunas señoras obtuvieron el privilegio de tener una, y escitaron la admiracion en las provincias. Habiase aumentado considerablemente su uso en el espacio de treinta años, cuando se vió restringido por un bill del parlamento; pero esta restriccion duró poco.

Aun después que se suspendieron con cade-

nas, después con sopandas, y en fin con muelles cada vez más perfeccionados, la parte superior quedaba descubierta, ó á lo mas con un techo y cortinas. Poco á poco se les sustituyeron otras clases de cortinas, y en fin se cerraron del todo, excepto las entradas. Cuando llegó el caso de cerrarlas tambien, la parte superior fué tapada con telas, á las que después se sustituyeron cristales, lo cual fué ya el mayor refinamiento. Se cree que esta moda pasó de Italia á Francia, donde Basompierre fué el primero que la adoptó, en tiempos de Luis XIII. ¿Pero cuánto era necesario para que el carruaje de aquella época se aproximase á la comodidad de los de nuestros días? Era una máquina sólida, que costaba enormemente por los dorados, pinturas y esculturas de que estaba sobrecargada, y que cada bache, en un terreno desigual, hacía darse golpes insoportables.

Se trató de poner limites al lujo siempre en aumento, por medio de las leyes suntuarias, eludidas por todos medios. En la república de Venecia se obligó á todos los ciudadanos á vestirse de negro. Pero se aguardaba el carnaval para ostentar magnificencia en telas, alhajas compradas al extranjero, y sobre todo en diamantes, en atencion á que las joyas no se vendían y se acumulaban para ser transmitidas en herencia á los hijos (26). Tambien en Francia se creía que se podían remediar los excesivos gastos y la exorbitante carestia de ciertos objetos, no aumentando las fábricas, sino disminuyendo el consumo. Así fué que Carlos IX, viendo que la hechura de un traje costaba más que la misma tela, dispuso que no se pagasen más de sesenta sueldos por uno, ya fuese de hombre ó de mujer, so pena de cien libras parisias al que contraviniera. Se prohibió á las mujeres usar vestidos que tuviesen más de una vara de circunferencia; á todos, pagar más de veinte sueldos por los trajes de los servidores y criados de á pie; á los sastres y medieros hacer calzones bordados, y con otra cosa por dentro que el forro comun; dar á los bolsillos más de dos tercias, sopena de doscientas libras de multa y confiscacion de bienes. Tambien se prohibió á las mujeres de los mercaderes y á las demás personas de la clase media, usar perlas y oro; á las personas jóvenes, llevar nada de oro en la cabeza, excepto el primer año de su matrimonio. No obstante se permitió usar cadenas, collares y brazaletes, con tal de que no fuesen esmaltados (27).

(26) Sabemos que las muchachas nunca salían de casa, excepto para ir á misa, ó á confesarse en la Pascua y el día de su santo, pero cubiertas con un velo, y se casaban sin que los novios las conociesen. En medio de la plaza de San Márcos hubo hasta 1518 una jaula donde se encerraba á los malhechores famosos hasta que morían, y les daban el pan y el agua por medio de una cuerda. GALLICCIOLI, *Mem. venete*, t. I, pág. 262, t. III, pág. 200.

(27) DELAMARE, *Tratado de la policia*, VII, 1.

El lujo debió aumentar la sed de oro, el deseo de recibir regalos y la facilidad de venderse. Carlos Quinto, que lo sabía, dejaba caer á intento un anillo de valor á los pies de una querida de Francisco I, ó en la palangana de un príncipe; los ministros aceptaban pensiones de los soberanos extranjeros, y el cardenal de Amboise recibió cincuenta mil ducados de diversos príncipes y repúblicas de Italia, y treinta mil sólo de Florencia. Juan Micheli, embajador de Venecia en la corte de Inglaterra, habla de los diferentes regalos que mistress Clarence, camarera de la reina Maria, solicitó de él «para uso y servicio de su majestad. Le regalé tambien, dice, un coche con caballos y arneses, por necesidad, y por el deseo que tenía de él la referida camarera, á quien se lo dió después la reina. Tenía para mi comodidad aquel coche que había hecho ir de Italia, y del que me había servido toda aquella estacion, y no quiero decir por modestia lo que me costó; baste que se sepa que no deshonraba la categoria de embajador.» (28)

Consolábase la Italia de la servidumbre en medio de los regocijos, ó se olvidaba de odiarla. Así como aquellas solemnidades pomposas, aquellas fiestas de corte se asociaban á grandes miserias y sufrimientos, así tambien muchas locuras acompañaban á aquel brillante vuelo de las artes y de las letras; pero la más funesta y más general fué la creencia en las relaciones inmediatas entre el hombre y los seres sobrenaturales en la magia, es decir, en la violacion de todo el orden moral y físico, como si se pudiese unir el poder divino y la libertad humana, y romper las leyes de la creacion con actos materiales, sin inteligencia ni amor. Esto es otra recrudescencia del paganismo, otra tirania de la imaginacion.

Manifestóse esta locura bajo dos formas, la una científica y la otra vulgar, que se reunieron para producir efectos espantosos. Al hablar en otra parte de las ciencias ocultas (29), hemos dicho cómo había sido depositado el germen de las artes teosóficas en el seno de la sociedad moderna, por el neoplatonismo, es decir, por la mezcla medio poética, medio filosófica de las doctrinas indias, egipcias, griegas y hebreas, que la escuela de Alejandria pretendía sustituir ú oponer al cristianismo. Conservadas á través de la Edad Media, reanimadas por otras ideas orientales que produjo el contacto de la Europa con el Asia, estas doctrinas desplegaron un nuevo vigor con el renacimiento del saber; y la aficion á los autores de la antigüedad en lugar de inspirar ideas fuertes é independientes, impulsaba á creencias, según las cuales de principios falsos deducíanse lógicamente deplorables errores. La adquisicion de los tres prime-

(28) *Relaz. d'ambasc. veneti*, Série 1.^a, tomo II, página 379.

(29) Lib. XI, cap. 27.

ros bienes de este mundo, la salud, el oro y la verdad, fueron el objeto de aquellas ciencias; y, sin repetirnos, podemos pasar revista a los hombres célebres de aquella época que se dedicaron a ellas.

Teofrasto Paracelso de Einsiedeln, por afición a la química, pasó su juventud como la pasaban los *colegiales errantes*, es decir, los que iban por el mundo aprendiendo y enseñando la alquimia; viajó después como médico de ejército llegando hasta el corazón de la Rusia; y tal vez visitó el Asia y el Africa, siempre en busca de minas ó personajes queridos del cielo que poseyesen los misterios del grande arte. Propagador de quimeras, combatió toda verdadera doctrina, confesando él mismo que no había abierto un libro en diez años y que lo más que poseía eran seis folletos que componían toda su biblioteca; en atención á que la iluminación superior hace superfluos los libros y las ciencias y que basta dedicarse á la cábala. En su consecuencia, trató de hacer popular la *revelación de Dios*. Felices curaciones le hicieron adquirir gran reputación; los príncipes querían tenerle por médico, y salvó á diez y ocho, á quienes los médicos galenos habían reducido al más deplorable estado. Aun se acreditó más asistiendo gratuitamente á los pobres. Llamado á Basilea para profesar allí la química y la cirugía (1526), fué el primero que dió sus lecciones en alemán, porque había olvidado el latín, y no careció de imitadores. Es inútil decir cuán diferente era el número de los que asistían á sus lecciones que á las de los demás, en las cuales prometía revelar cosas misteriosas, y contaba maravillas, con la íntima confianza de sí mismo que hacia se diese el nombre de Teofrasto, se comparase á Hipócrates, á Razis, á Marsilio Ficino, y declaraba que los cordones de sus zapatos sabían más que Galeno y Avicena.

Parece una reproducción de Aretino; por eso le separamos de los médicos, así como hemos aislado al otro de los literatos, para hacer mención de él, cuando nos ocupemos en revelar las costumbres de aquella época, en la cual tuvo gran influencia.

El charlatanismo da fama, pero no basta para conservarla. Pronto el gemido de numerosas víctimas se dejó oír en medio de los aplausos de aquellos á quienes Paracelso había curado. Huyó pues á puntos donde no se le conocía, á Alsacia, á Colmar, á Nuremberg, á San Gal, á los baños de Pfeffer y á otras partes, encontrando en todas, personas crédulas entre el vulgo, y apoyo en algunos hombres de ciencia, amigos de agradables novedades. Sus libros son un conjunto de contradicciones é ignorancia, que se hacen notar por una jactancia fabulosa y fórmulas ininteligibles. Así como el hombre es en parte corporal y en parte espiritual, todo el universo está animado por espíritus, silvanos en el aire, ninfas ú ondinas en el agua, gnomos en la tierra, salamandras en el fuego, que á veces se hacen visibles del hombre. Su fisiología es en consecuencia una relación conti-

nua de las cualidades del hombre (*mundo pequeño*) con el universo (*mundo grande*); así es que la epilepsia es el temblor de tierra del microcosmo, la apoplejía corresponde al rayo, y los eclipses son las intermitencias de los siete pulsos celestes, determinados por la circulación de los siete planetas. La química desempeña un gran papel en su fisiología, como también en su terapéutica, explica la digestión por la operación de un espíritu llamado Arqueo, que prepara los alimentos en el estómago y los transforma. Busca después la quinta esencia en los medicamentos, y no aprueba que se mezclen una con otra las sustancias medicinales; pero con sus ideas no podía haber en todo más que balsamos y específicos. No debemos, pues, admirarnos de que entre tantas extravagancias haya producido algunas ideas nuevas; pero en vano sería buscar sus intenciones; porque, así como lo ha dicho Erasto, nunca emite una doctrina sin destruirla en otra parte.

Apenas tuvo sectarios en Italia; en Inglaterra contó varios de ellos, entre otros al famoso Roberto Fludd; pero fué sobre todo en Alemania donde se estableció la secta de los Rosa-Cruz, que extendió aquellas ideas filosóficas (30). Cristiano Rosencreutz, viajando por Palestina, había aprendido de los sabios caldeos la magia y la cábala: fundó una sociedad que decía poseer la piedra filosofal, y la panacea universal; pero sus miembros no hacían uso de ella sino para un objeto laudable, y hacer que el mundo volviera al siglo de oro. Después de haber vivido Rosencreutz ciento veinte años sin enfermedades, murió en 1484. Hay, sin embargo, personas que consideran todo esto como una fábula de Juan Valentino de Andrés, teólogo de Wurtemberg, con el designio de experimentar la credulidad de su siglo. Prestaron fe á su relación, y todos los que cultivaban las ciencias ocultas se creyeron agregados á los Rosa-Cruz: si esta sociedad no existía, ellos fueron los que la constituyeron. Pretendía, como los francmasones, tener su origen de Hiram, rey de Tiro, y su nombre del madero santificado con la sangre del Salvador. Imponía á sus miembros la obligación de ejercer la medicina gratuitamente, guardar el secreto, prometiendo á los prosélitos grandes riquezas, salud y perpétua juventud, sin contar la piedra filosofal, y la panacea universal. Los empíricos, decía, sacaban de la Biblia toda especie de luz, y curaban las enfermedades por la fe y la imaginación. Los que tenían que propagar algunas ideas extrañas se unían á aquella sociedad para procurarse los medios.

El oro, poder cada día más eficaz, absorbía todos los deseos, todos los estudios: los alquimistas

(30) SEMLER, *Ensayos históricos sobre los Rosa-Cruz*. Véase también: *Confessio fraternitatis, R. † c.*, et *fama fraternitatis R. † c.*, vel *detectio fraternitatis ordinis Rosa-Crucis*, Cassel, 1615.

se consumían velando sobre los hornillos y alambiques, é iban á aprender el gran arte de los orientales, ó á interrogar á las montañas magnéticas de la Escandinavia, para arrancar allí el secreto de hacer oro. Los reyes favorecían á aquellos bienhechores de la humanidad; y se encontraron, después de la muerte de Rodolfo II, diez y siete bariles de oro en su laboratorio, destinados á ser consumidos en experimentos, ó convertirse en presa de algun alquimista. El célebre cipriota Marcos Bragadino, que se jactaba de haber encontrado el secreto filosofal, se hacia llamar Mammon, es decir, genio del oro, y llevaba consigo dos perros, con collar de este metal, que decía eran demonios á su servicio. La Europa le dió crédito: Enrique IV le escribió para ganárselo; otros príncipes le requerían; pero él prefirió ir á Venecia, donde tuvo una admirable acogida, y vivió con magnificencia, agasajado por todos. Es verdad que no faltaban incrédulos que se burlasen de él: una compañía de jóvenes organizó una mascarada de alquimistas con todos los utensilios del laboratorio, y uno de ellos que desempeñaba el papel de Mammon, gritaba: *¡A tres libras el sueldo de oro fino!* El duque de Baviera le tuvo después en su corte; pero engañado en la esperanza que tenía de poseer por su ciencia grandes riquezas, le hizo ahorcar, y después quemar con sus perros (31).

Cornelio Agrippa de Nettesheim, que se distinguió por una estremada extravagancia, adquirió

(31) El tratado más importante que nos ha transmitido la Edad Media sobre bellas artes es la *Diversarum artium schedula* del monge Teófilo de los siglos XI y XII, la cual está llena de preciosas reglas, pero no carece de misterios. El cap. 47 del libro I, trata del modo de hacer *oro hispánico* diciendo: «Está compuesto de cobre rojo, polvos de basilisco, sangre humana y vinagre. Los gentiles cuyo saber es reconocido, buscaban basiliscos con este objeto. Tienen debajo de tierra una habitación hecha de piedra con dos ventanas pequeñas al través de las cuales apenas se ve. Meten en ella dos gallos viejos de doce á quince años dándoles bien de comer. Cuando están gordos se encierran, se unen y ponen huevos. Entonces se separan los gallos y se echan unos sapos á que cubran los huevos alimentándoles con pan. De aquellos huevos salen pollos machos como los de las chuecas, á los cuales al cabo de siete días les crecen colas de serpiente; y si la habitación no estuviere empedrada pronto se meterían debajo de tierra. Así, pues, para impedirlo los que crían tienen vasijas de bronce redondas y muy grandes, agujereadas por todas partes y les cierran los agujeros; meten en ellos estos pollos, tapan las bocas de las vasijas con coberteras de cobre, los entierran y los dejan que se alimenten por espacio de seis meses con la tierra fina que penetra por los agujeros. Después los descubren y les ponen al fuego hasta que aquellos animales se quemen dentro. Cuando se encierran los sacan, los machacan y añaden una tercera parte de sangre humana... Luego se cogen unas planchas delgadas de cobre muy puro, y en cada una se pone un poco de aquella preparación y se pone al fuego... Se tiene allí hasta que la preparación consuma el cobre y tomé el peso y el color del oro. Este oro sirve para todos los usos.»

también gran nombre en las ciencias ocultas. Nacido en Colonia en 1487, de una familia ilustre, se manifestó desde su juventud inclinado á las ideas de los místicos: cuando estaba estudiando en Paris formó una sociedad secreta para cultivar las ciencias ocultas, de las que fué el más insigne representante. Tuvo una vida muy aventurera, fué consejero del emperador, inspector de las minas de Austria, comandante de las tropas de Italia, y creado caballero en el campo de batalla. Asistió al concilio de Pisa como delegado del cardenal Santa Croce, enseñó la teología en Dola y Pavia, revestido con el traje militar, gloriándose de explicar las obras del divino Hermes Trismegisto. Le buscaron para que fuese su astrólogo el marqués de Monferrato, Enrique VIII de Inglaterra, Margarita de Austria y el canceller Gattinara; fué síndico de Metz, médico de Friburgo, jefe de banda al servicio de la Francia, admirado por su erudición; arrojado de aquel país por violencias, se refugió á Amberes, donde fué nombrado historiógrafo y archivero del Brabante. Perseguido criminalmente por veinte y una veces, se vió reducido á la miseria: entonces aceptó el partido de Lutero y Calvino; preso después en ocasion de un viaje que hizo á Lion, pudo escaparse con gran trabajo, y fué á morir á Grénoble.

Había escrito á la edad de veinte y tres años su libro de las *Ciencias ocultas*, en el que pretende demostrar que la magia es la más elevada de las ciencias, la filosofía perfecta, que revela los secretos de la naturaleza. Tres mundos existen, según su opinión, el corporal, el celeste y el intelectual; del que resultan tres magias, la una natural, la otra celeste y la tercera religiosa, que consiste en ceremonias. Los cuatro elementos poseen propiedades milagrosas, el fuego terrestre es un reflejo del del cielo; el aire es un espejo en el que se retratan las imágenes de las cosas. Penetrando por polos imperceptibles en los cuerpos de los animales y de los hombres, puede producir los sueños, los presentimientos, las previsiones, aun sin concurso de los espíritus; las ideas pueden comunicarse por su medio hasta inmensas distancias, á la manera que presentando á los rayos de la luna caracteres ú otros objetos, pueden reproducirse su imagen sobre la superficie de los cuerpos celestes, de modo que otro pueda leerlos allí ó reconocerlos; y como los elementos entran en la composición de todo, hasta de las sensaciones y pasiones, todo esto sujeto al imperio de aquel con que tienen más analogía. Los objetos poseen atributos de tres especies: unos proceden de los mismos elementos, como el calor y el frío; otros de diferentes combinaciones, como las fuerzas corroborantes, disolventes y digestivas; y en fin, otros que obran sobre partes determinadas, y producen la leche, la sangre, y así sucesivamente. Pero al lado de estas fuerzas patentes, existen otras ocultas, cuya causa se busca en vano, como la que atrae al hierro ó la que neutraliza el veneno; difieren de las fuerzas